

los pueblos, que produjo aquella sublime resolución de la Reina Católica de empeñar sus joyas; la circunstancia de ser el insigne marino extranjero y desconocido y despreciado por otras naciones, más adelantadas que nosotros en marítimas empresas, lo que excitó recelos en no pocos; la poca importancia que muchos daban al proyecto, ya que Colón, fundado en su error sobre el verdadero tamaño de la Tierra, no ofrecía un *nuevo mundo*, sino un nuevo camino para arribar á las mismas regiones, á donde los Portugueses pronto llegarían por el lado opuesto; el empeño de ver, como Galileo, en las Sagradas Escrituras, lo que nadie podía ver, y finalmente esa oposición misteriosa, que persigue constantemente al genio, por la misma sublimidad de sus concepciones, que exige capacidades semejantes para su comprensión, y concita contra él la *soberbia de la ignorancia*, la más dañina de todas las soberbias. Colón halló otro genio en su camino, por cierto muy superior al suyo: Isabel la Católica; y otro, que es por su propia naturaleza infinitamente superior á todos: la Iglesia, que fué su constante protectora. Cierre, pues, su boca la calumnia, que sólo plácemes merece la conducta de todos los personajes, favorables ó adversos, que intervinieron en este gravísimo asunto.

Por fin el 3 de Agosto de 1492, fecha por todo extremo memorable para España, salió del puerto de Palos el primer Almirante del Océano, man-

dando la más pequeña escuadra que haya mandado jamás Almirante alguno; y después de dos meses y nueve días de navegación ansiosa, pero sin motines ni cosa parecida (como no sean los que le arman á la verdad sus modernos y finchados admiradores), Rodrigo de Triana dió la suspirada voz de *¡Tierra!* que no hubiera trocado Colón por todas las riquezas que encerraban en sus entrañas las que debía descubrir. El 12 de Octubre plantó el nuevo Virey de una parte del mundo el estandarte de Castilla en la isla de San Salvador, primera descubierta, iluminando la cruz del Redentor aquellas espléndidas regiones, que dormían envueltas en tinieblas tenebrosas. En este primer viaje fueron descubiertas las Lucayas (Santa María, Fernandina, Isabela), Cuba y la Española. El 15 de Febrero de 1493 llega Colón á las Azores; pasa á Lisboa, donde se ve agasajado por el monarca portugués, y el 15 de Marzo arriba al puerto de Palos, punto de partida. Recibióronle en Barcelona con fastuosa pompa los Católicos Reyes.

En su segundo viaje (1493-1495), al frente de una flota de 17 buques con 1,500 tripulantes, descubre las pequeñas Antillas (Dominica, Mari-galante, Guadalupe y otras), la de Jamaica y la de Puerto-Rico (Boriquén).

En el tercer viaje (1498-1500), siguiendo una latitud más baja, aborda en la Trinidad, y descubre las costas de América Meridional, la *Tierra*

Firme (que seguía creyendo fuera la costa oriental de Asia): llegó cargado de cadenas; Isabel se las quitó y lloró con él.

En el cuarto y último viaje (1502-1504), descubre la Martinica, y recorre la costa de América Central, desde el cabo de Gracias á Dios hasta Porto-Bello, cerciorándose de que no existía ningún paso que condujese á las Indias Orientales, que Vasco de Gama acababa de descubrir (1498). Dos años sobrevivió el gran navegante á su insigne protectora, falleciendo pobre y olvidado en Valladolid (1506).

Los descubrimientos de Colón produjeron en los Españoles un verdadero delirio por los viajes y las aventuras marítimas. Habiendo concedido los Reyes permiso para equipar nuevas expediciones, el intrépido Alonso de Ojeda, que había visitado ya el Nuevo Mundo en el segundo viaje de Cristóbal Colón, con una flotilla de cuatro buques, llevando por piloto á Juan de la Cosa, y por cronista y astrónomo, según se cree, á Américo Vespucio, se hace á la mar el 20 de Mayo de 1499, y arriba á Tierra Firme, doscientas leguas más al Sur del punto que tocó Colón en su tercer viaje: recorre las costas de Guayana y Venezuela, pasa el Orinoco, y llega al golfo de Paria; visita la isla Margarita, y descubre la de Curaçao; arriba al cabo de la Vela, toca en la Española, y entra en Cádiz en Febrero de 1500.

Américo Vespucio, que no tenía, ni mucho

menos, «la intrepidez de los marinos españoles de aquella época» (Irving), es únicamente notable por la gran injusticia con que la posteridad, que tanto nos insulta, ha oscurecido el nombre de Colón.

Pero Niño, de Moguer, con una carabela de cincuenta toneladas y 33 hombres, explora detenidamente el golfo de Paria, y regresa en 1500.

Vicente Yañez Pinzón, en el mismo año que Ojeda y Alonso Niño, hácese á la mar con cuatro carabelas, dobla el Ecuador, el primero de todos, llega al cabo de San Agustín en el Brasil, entra en el río de las Amazonas, recorre mil leguas de costa, arriba á la Española, y llega á Cádiz en Setiembre de 1500, después de haber perdido dos naves en las Bahamas.

Diego de Lepe, con dos carabelas, recorre los mismos parajes, y vuelve con una carta geográfica de los países por él visitados, y con la observación de que la costa de Tierra Firme se extendía mucho al S. O.

Rodrigo de Bastidas, ó mejor, su piloto, Juan de la Cosa, atraviesan también el Océano, descubren el río Sinu, el golfo de Uraba, y llegan al Istmo; mas habiendo perdido los buques en el golfo de Jaragua, arriban á la Española; Bobadilla los prende, pero Ovando los envía á España, donde fueron absueltos.

Vicente Yañez Pinzón, en unión esta vez con Juan Díaz de Solís, emprende otro viaje y explo-

ra el Yucatán (1507). Vuelven de nuevo ambos compañeros á desafiarse las ondas ignoradas, y dirigiendo el rumbo al Sur, al objeto de buscar, si existía, el paso á las Indias Orientales, descubren la bahía de Rio-Janeiro; prosiguen su viaje hasta el paralelo 42, y de retorno entran en el Plata, *mar dulce*, llegando á España en 1513, después de dos años de penosa y atrevida navegación. Otra vez Juan Díaz de Solís dirígese á explorar el *mar dulce*, y muere asesinado en una isla del río, cuya orilla derecha había recorrido por espacio de cien leguas: Torres, su cuñado, regresa á España.

Diego de Ocampo reconoce la isla de Cuba.

Juan Ponce de León sale de San Germán de Puerto-Rico el 1.º de Mayo de 1512, recorre las Lucayas y las de Bahama, y descubre la Florida, regresando el 5 de Octubre.

Vasco Nuñez de Balboa, después de un viaje prodigioso, legendario, al través del istmo de Panamá, descubre el Pacífico (1513).

Juan de Grijalva, al mando de una flotilla de cuatro buques equipados por Diego de Velázquez, llega á la isla de Cozumel, dobla el cabo Catoche, explora la bahía de Campeche, recorre la costa de Méjico, entra en el río Tabasco, echa anclas en el de Banderas, descubre la isla de San Juan de Ulloa, avanza hasta el río Tonela, en cuyas orillas planta el futuro historiador Bernal Díaz del Castillo las primeras semillas de naran-

jos que vió el Nuevo Mundo, y vuelve á Cuba (1518).

Por fin, Fernando de Magallanes da la vuelta al mundo, enlazando nuestros descubrimientos con los de los Portugueses. Sale de Sanlúcar de Barrameda el 20 de Setiembre de 1519, llega á Rio-Janeiro, cruza el estrecho de su nombre, y se lanza con atrevido arrojo á desentrañar los misterios de un mar desconocido; descubre las Filipinas, donde muere, atacado por los naturales, el 27 de Abril de 1521. Sebastián de El Cano, con la *Victoria*, única nave que salvóse de la expedición, dobla el cabo de Buena Esperanza, y llega á Sanlúcar el 6 de Setiembre de 1522. ¿Cuándo se escribirá la historia de éstas y otras empresas memorables, glorias imperecederas de la nación española, que no han podido ni podrán ser emuladas nunca por ningún pueblo de la tierra?

XVII

Exploradores y Conquistadores

Los descubridores siguieron los exploradores y conquistadores: América fué recorrida por los Españoles desde el estrecho de Magallanes hasta la región de los lagos. Nosotros, como probó en una erudita memoria, dirigida al Congreso de Americanistas de Madrid, George A. Leakin, fuimos los primeros que descubrimos la elevada región de los lagos. Descartando el Brasil, que, por la mayor amplitud occidental concedida á la *línea de demarcación ó alejandrina*, determinada por Alejandro VI, que nos evitó un conflicto con Portugal, fué colonizado por esta potencia, toda la América hoy libre é independiente fué explorada por los Españoles. Apenas puede darse un paso por toda ella, sin que salten á la vista multitud de recuerdos patrios. Al mismo tiempo explorábamos las inmensidades del Pacífico, y recorríamos el mundo en toda su latitud. Los extranjeros se muestran muy orgullosos con las migajas que les dejamos; pero nosotros, que medfamos al mismo tiempo nuestras armas con todas las europeas y africanas, hicimos más en cincuenta años, que en tres siglos ha hecho el resto del mundo civilizado. Bastará que citemos

únicamente dos nombres, Cortés y Pizarro, para que la rastrera envidia cierre su boca y se muestre avergonzada, si le queda un resto de pudor, de los innumerables y groseros insultos que nos dirige cada día. Si se pusiera en parangón la escasez de recursos de estos dos grandes y nunca esclarecidos capitanes con la magnitud de las empresas acometidas y con los portentosos resultados obtenidos, ¿quién fuera el osado que se atreviera á alzar su voz para injuriarnos sin que el rostro se le enrojeciera de vergüenza? ¿Qué nación del mundo puede presentar un solo nombre que pueda compararse con los de Cortés, Pizarro, Almagro, Alvarado, Valdivia, Olid, Dávila; Benalcázar y Quesada, conquistadores de Nueva-Granada; Orellana, el temerario explorador del Amazonas; Ortal, el remontador del Orinoco; Mendoza, el fundador de Buenos-Aires; Ayolas é Irana, atrevidos exploradores del Paraná y Paraguay; Balboa, el intrépido escalador de los Andes; ni con los Ulloa, Alarcón, Hernández de Córdoba, Bernal Díaz del Castillo, ni otros mil que sería prolijo enumerar, entre los cuales debemos citar con justicia el nombre de una mujer, Isabel de Mendoza, no menos digna que su esposo Mendaña y Quirós y Rodríguez Cabrillo y otros émulos de Magallanes y El Cano de pasar á la posteridad? ¿Y qué nación puede presentar, fuera de nuestra hermana, Portugal, poetas que hicieran sonar la trompa épica para inmortalizar tan insignes ha-

zañas, como Ercilla y Peralta? ¿Ni cuál cuenta entre sus hijos historiadores como Gómara, Herrera, Garcilaso, Solís, Oviedo, Castillo, Castellanos, hasta catorce mil, entre los cuales debemos hacer honrosísima mención del P. Ricardo Cappa, por sus *Estudios críticos acerca de la dominación española en América*, pluma digna de nuestro siglo de oro, que tantas injusticias está deshaciendo, y acrisolando tantas glorias? Contétese Inglaterra con la gloria mezquina de sus dos conquistadores Lord Clive y Warren Hastings, cuyos nombres pasarán á la posteridad como un padrón de ignominia, por sus actos y por el móvil infame que guiaba sus empresas.

XVIII

Civilizadores

MAS no olvidemos en medio de tanta grandeza, si deslumbradora y sublime, mundana y precedera al fin, que el objeto primero y principal del descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo no fué otro que la regeneración moral de sus infelices habitantes. Al sentimiento religioso, que llegó á hacer indestructible la Unidad Católica, y su instrumento principal, la Inquisición, que lo reconcentró, y dióle dirección determinada y homogénea, debemos los Españoles tanta gloria. Ese sentimiento fué el aguijón que impulsó á tantos héroes á tomar parte en tan soberana empresa; él abrasaba el alma de Isabel y de Colón, como sabe muy bien quien haya leído sus cartas; ese fuego sagrado consumía el espíritu de otro ejército, no menos numeroso y heróico que los anteriores, pero infinitamente más humilde y generoso, y desligado de humanas lisonjas y caducos honores y mundanos fines, y animado de una ambición tan noble, sublime y útil, como su mismo sentimiento. Léanse los *Varones Ilustres* de la Compañía de Jesús y los varones ilustres de los Dominicos, Franciscanos, Agustinos, Capuchinos, Carmelitas

y tantos otros, á quienes el mundo vilipendia, porque no conoce, y dígasenos si hay héroes como aquellos héroes, y si alguno de tantos conquistadores, políticos y sabios ha sentido vibrar su alma á impulsos de la caridad que abrasaba la de Claver, por ejemplo, para no salir de América.

Mientras Inglaterra, en lugar de colonizar según los principios del Evangelio, aniquila las razas indígenas para saciar la insaciable ambición sajona, sin que haya podido producir un pueblo libre todavía, de cuya política son los prototipos los avarientos holandeses, que en cierta ocasión memorable y por demás aflictiva para el naciente cristianismo japonés, renegaron del bautismo y atizaron el fuego de la persecución para aprovecharse de sus ventajas; mientras los Estados-Unidos devoran los *Pieles Rojas*, y fracasan vergonzosamente en su conato de colonización africana, con su república atea de Liberia; y Francia apenas puede ostentar otro timbre de gloria que su precaria civilización del Canadá, no obstante sus excelentes condiciones colonizadoras y los esfuerzos laudabilísimos y en alto grado meritorios de sus Misiones; y Portugal nos debe parte de sus triunfos, nosotros dimos vida propia á cien naciones, y Méjico, Perú, Chile, Bolivia, Colombia, La Argentina, las Repúblicas Centrales, Cuba y Filipinas, han alcanzado el lugar que de derecho les corresponde en la humanidad, merced al ge-

nio superior de nuestra raza y al nobilísimo sentimiento que animó á nuestros misioneros.

«La maravillosa superioridad de nuestras Colonias, dijo F. J. Simonet en la revista *La Ciencia Cristiana*, que todavía lloran los buenos, se debe á la excelencia del fin que en ellas se propusieron nuestros egregios mayores, y al espíritu que los animó en tales intentos, que no fué, como el de otras naciones europeas, lucrar y enriquecerse con el despojo de los pueblos sometidos y las especulaciones comerciales; sino ganar almas para Jesucristo y dilatar su bendito reino hasta los últimos confines de la tierra.»

Pueden entusiasmarse los sabios modernos con las glorias cosechadas por los *grandes navegantes del siglo XVIII* y los *grandes explotadores del siglo XIX*, como lo hace Julio Verne, cuya inquina contra nosotros, manifestada en muchas de sus obras, no tiene comparación; que la parte desgraciada de la humanidad, que se halla muy necesitada del auxilio de los que en primer lugar se sientan en el banquete de la vida, poco ó nada tiene que agradecerles. ¿De qué sirvió á los Estados Americanos del Norte sostener una guerra monstruosa, infernal y aniquiladora con los del Sur para abolir la esclavitud, si es bien sabido que los infelices negros siguen siendo parias más aborrecidos y despreciados que antes? ¿Acaso ignora alguno que tan cacareadas expediciones sólo tienen por objeto el lucro? ¿Hay alguna que

se haya proyectado con el fin de llevar la civilización á los pueblos que carecen de ella? Cuando más, un espíritu científico impulsa á los gobiernos y á las empresas particulares á buscar los pasos del Polo; pero es bien sabido que tantos sacrificios, que por otra parte han resultado estériles, se hicieron y se hacen en nombre del comercio, para saciar la sed de riquezas que devora el alma de esta sociedad descreída, no en virtud de un principio noble y elevado. ¿Y cómo tratan los modernos traficantes á las infelices razas que caen en su poder? Vergüenza eterna será de nuestro siglo. ¡Ah! qué poco tendrán que agradecer esos pueblos miserables, cuando por virtud del sacrificio inapreciable de los misioneros católicos, de los católicos únicamente, pues los protestantes, que no merecen el dictado de emisarios del Evangelio, son una pandilla de parásitos sin conciencia, peores que los avaros rebuscadores de oro; cuando esos pueblos hayan alcanzado, repito, por el esfuerzo indomable de los valerosos soldados de la cruz el puesto que en la escala social les corresponde, y al cual les da derecho su condición de seres humanos, y puedan meditar sobre el pasado, ¡qué poco tendrán que agradecer á un siglo que blasona de filántropo, sin conocer la caridad; que ha sustituido la cruz, que coronaba su cabeza, con el gorro frigio; que empuña con la diestra la antorcha de la libertad pagana para iluminar al mun-

do, mientras apaga con la otra la luz de la verdad, dejando al mundo sumido en las tinieblas, si no es que lo iluminan los fogonazos de esos cañones monstruos, inventados para *asegurar* la paz y *propagar* su civilización!

En cambio nosotros, no sólo realizamos á las razas indígenas, sino que nos fundimos con ellas, y les dimos á gozar nuestros derechos, consistiendo nuestro mayor afán en hacerlas iguales á nosotros, y nuestra mayor vanagloria en presentar á los pueblos, que civilizábamos, en disposición de alternar cuanto antes con los hombres libres. El inca Garcilaso, testigo de vista de la conquista del Perú, es uno de nuestros mejores historiadores de Indias, y Almagro el mozo, que acaudilló á insignes capitanes españoles en las guerras civiles, no era más que un mestizo. Hace muchos años pudo decir el Dr. Haas, si bien sus datos son incompletos, que la población hispano-americana del Continente, en 214,000 millas cuadradas, era de 3.000,000, mientras existían 380,000 negros libres, 9.600,000 indios libres y 5.000,000 de mestizos libres. ¿Qué proporción guardan los descendientes de europeos con los mestizos y los indios libres en la gran República Americana? No existe proporción ninguna. En Cuba y Puerto-Rico hay unos 2.300,000 habitantes; de ellos la quinta parte escasa son de color; la población restante está fundida con la española. ¿Cuánta envidia no causa á los leopardos

uropeos la riquísima y floreciente colonia de Filipinas, otro de los más preclaros timbres de gloria de nuestros misioneros, á quienes malos españoles (dado que lo sean) calumnian y persiguen desvergonzadamente en multitud de periódicos, alguno fundado exclusivamente con tan perverso fin? ¡Y aún tienen la avilantez de decir que guerra tan salvaje se hace en nombre de la libertad, como si no supiéramos ya el valor que tiene tal palabra en labios sectarios! ¿Cuándo han dado esos modernos regeneradores de la humanidad un solo paso, distinguido con el sello del sacrificio, en pro de esa humanidad, por cuyo bienestar tan *desinteresadamente* se agitan, vociferan y engordan? ¿Qué poeta ha cantado sus hazañas? ¿Qué historiador ha referido sus empresas? ¿Cuáles son los hechos que pueden ofrecernos en abono de sus doctrinas? ¿Tan atrasados estaremos de noticias que no conozcamos uno solo de esos ejércitos de misioneros francmasones y librepensadores que están civilizando al mundo sumergido en la barbarie? Probablemente á ellos serán debidas las famosísimas *reducciones* del Paraguay, formadas con un código de una página en 32.º, y de las cuales decía su maestro Voltaire que eran, por varios conceptos, «uno de los mayores triunfos de la humanidad.» Porque, efectivamente, fueron fundadas por españoles... pero jesuítas. Así como también eran españoles de la misma ralea Juan de Zumárraga y Vasco de Qui-

roga y Gonzalo de Tapia y Hernando de Tovar y Diego de Orozco y Juan María Salvatierra y otros mil, que civilizaron á Méjico y California, tierras en donde, dicho sea de paso, apenas se puede ir á un pueblo ó ciudad sin que el nombre de un santo ó santa nos indique la marca de fábrica. Pues de la misma manera pertenecen á la misma especie Alfonso de Betanzos y Francisco de Betancurt, apóstoles de la América Central; y Sandoval y Pedro Claver, *el Apóstol de los Indios* por antonomasia; y santo Toribio de Mogrovejo, á quien llaman *protector del Perú*; y Ruíz de Montoya, que enseñó mucha *politica* á los indios del Paraguay, que bebían los vientos por una sotana; y Antonio Sedeño y Alonso de Castro y Francisco de Otazo y los frailes Urdañeta y Benavides y Aduarte y Juan de Castro, y los innumerables que han consumido y consumen (¡aún en nuestros días!) su vida, despreciando honores y riquezas y hasta el dulcísimo consuelo del hogar doméstico, porque se les ha metido en la cabeza hacer hombres á los Filipinos y á los infieles que salvajejan por las vertientes de los Andes ó del Atlas, por las inexploradas regiones del alto Missisipí y del Missouri, del Zambeze y del Amazonas, y... hasta por ciertas comarcas que pocos creerían.

Pues ahora recuerdo que también fué español Fray Alonso Gutiérrez de Veracruz, quien tuvo el *reaccionario* capricho de fundar la Universidad

de Méjico, en 1551, ¡á los 30 años de su conquista por Hernán Cortés! y el de meter en ella sesenta cajas de libros, para que pudieran estudiar (algo mejor que ahora, por cierto) Derecho, Filosofía, Teología y Literatura los Mejicanos, hombrándose con los Españoles, y para que salieran de allí, como, gracias á Dios, salieron, una infinidad de Doctores, y Consejeros reales, y políticos notabilísimos, y Obispos eminentes, tales como «Juan López Agurto de la Mata, colegial mayor del de Todos los Santos, que escribió sobre los misterios de la Trinidad y Encarnación del Verbo, y á cuyo mérito habían de ser debida corona las mitras de Puerto-Rico, Venezuela y Caracas;» el «Dominico Fernando de Bazán, asombro de la Universidad literaria;» «Pedro de Ortigosa y Pedro de Morales, expositor de gran pericia en Leyes, uno y otro Jesuítas, manchegos ambos, y consultores en el Concilio Mejicano tercero;» «Nicolás de Anaza, padre y maestro de todas las regiones septentrionales de América.» Discípulos unos, maestros otros, sabios todos, entre otros mil que florecieron en Méjico, la Atenas del Nuevo Mundo, *en donde se habla el español lenguaje más puro y con mayor cortesana.* (Véase el preciosísimo libro *Juan Ruiz de Alarcón*, de D. Luis Fernández Guerra, y el artículo crítico de D. Miguel Antonio Caro, publicado en el *Repertorio Colombiano*).

Del mismo modo, D. Francisco Gerónimo de

Loaysa, Arzobispo de Lima, funda, á mediados también del siglo XVI, la Universidad de San Marcos en la capital del Perú, que santa Rosa embalsamó con su angélico aliento.

Fray Cristóbal de Torres, Arzobispo de Nueva-Granada, crea, en 1651, la de Santa Fe de Bogotá.

Poco después, Fray Miguel de Benavides, Arzobispo de Manila, y Fray Diego de Soria, Obispo de Nueva-Segovia, echan los cimientos de la de Manila.

¡Y qué aficionados eran todos estos frailes á fundar Universidades y Colegios célebres, como los de Córdoba en la Argentina y Ocopa en el Perú, para tener sin duda sumergidos en la barbarie á los pueblos que explotaban!

Mucha verdad es que á la conquista de los países descubiertos concurrieron algunos desalmados, ávidos de riquezas, que oprimieron ferozmente á los desgraciados indios; que los mismos insignes conquistadores, como Cortés y Pizarro, no se hallan libres de defectos; que muchos se valieron de malas artes para someter algunas razas; y que todos estos crímenes y abominaciones exasperaron de mala manera la bilis del Obispo de Chiapa, Fray Bartolomé de las Casas, dando armas con sus exageradas declamaciones á nuestros enemigos para cebarse en nuestra honra nacional. Pero prescindiendo de estas miserias, que no son patrimonio de un pueblo, sino comu-